

UN BUEN NEGOCIO DE TORRES VILLARROEL

Diego de Torres y Villarroel fue un ingenio un tanto extraño y sorprendente. Le tocó vivir en el siglo XVIII, centuria de luces e ilustración, y, sin embargo, optó por cultivar ciencias ocultas y antiguas, como complemento de la matemática y la astronomía que profesó en la Universidad. Con buena dosis de escepticismo—dispuesto a aprovechar la candidez del vulgo—mezcló la astrología con la astronomía, y vendió sus almanaques y pronósticos. Tiempos de España en que «una figura geométrica se miraba... como las brujerías y las tentaciones de San Antón, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervían a borbollones los pactos y los comercios con el demonio» (1). Nutrían sus horas—sus lecturas y publicaciones—más desenfados y burlas que verdadera creencia en las ciencias que cultivaba a ratos. Las gentes, en su tiempo, tal vez tampoco creían en las artes ocultas, pero se deleitaban con aquellas predicciones y semejanzas de adivinación. Nadie cree en los demonios y la astrología: Abigor, gran duque de los infiernos, que tiene a sus órdenes veinte legiones, o Adramelec, gran canciller, ya no inflaman la imaginación humana. Pero cierto regusto queda en las gentes por la adivinación, la cartomancia o la quiromancia.

Quevedo, en el anterior siglo, se había burlado de las artes ocultas; en su *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, se mofaba de las adivinaciones mágicas, desde la quiromancia hasta la fisonomía. Recordemos aquello de:

Todo hombre que tuviere el cabello ensortijado, negro y recio—decía sobre el adivinar por el aspecto exterior—, dará más que hacer a los barberos; y el que tuviere piojos, se rascará a menudo la cabeza.

(1) D. de Torres y Villarroel: *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del doctor*, Madrid, 1789, p. 60. Salvo esta obra, y la citada en núm. 2, hemos manejado la edición de sus *Obras completas*, catorce volúmenes, Salamanca, 1751 ss. Sobre Torres, puede verse A. García Boixa: *Don Diego de Torres y Villarroel*, Salamanca, 1911; sus aspectos médicos, en L. S. Granjel: «La medicina y los médicos en las obras de Torres Villarroel», en *Humanismo y Medicina*, Salamanca, 1968, pp. 247-313.

Con el más inmediato sentido común hace burla de aquellos viejos saberes. De las artes adivinatorias—incluida la astronomía en esta baja acepción—, enseña con seriedad jocosa:

Si quieres ser alquimista y hacer de las piedras hierbas, del estiércol y aguas oro, hazte boticario o herbolario, y harás oro de todo lo que vendieres. Y guárdate de quemar metales y sacar quintaesencias, que harás de oro estiércol y no del estiércol oro (2).

Pero todavía en el siglo XVIII se podía acudir a aquellos recuerdos de épocas oscuras. José Bálsamo, conde de Cagliostro, embaucaría a Europa con sus curaciones y milagrerías. Y acertaría a explotar a los hombres, entre bromas y veras, como supo hacer el maestro Torres. Este conoce muchos libros de alquimia y se mofa de los resultados conseguidos hasta el momento en la búsqueda de la piedra filosofal, que alargaría la vida de los hombres. Una buena dieta y la supresión de la gula, le parecen medios más idóneos para prolongar la vida, que aquel licor o quintaesencia que pretende librar de enfermedades e impurezas, no siendo más que embustes y ladroneras para robar a los ignorantes. Torres conoce, sin embargo, los antiguos libros con sus anhelos y disparatadas aspiraciones hacia la piedra de la longevidad: Alano, Raimundo Lulio, Juan de Rupescisa, el médico Arnaldo—o sus apócrifos—, etc. Mezcla algo de estos saberes con más serias lecturas de matemáticas, y alcanza a ser catedrático y escritor de pronósticos. Respecto de la matemática escribe:

Yo bien conocía mi ignorancia y mi ceguera, y que era un tuerto tan bisojo y tan aturdido de cataratas, que iba a tientas por los callejones de esta profesión; pero también sabía que estaba en la tierra de los ciegos, porque padeció entonces la España una oscuridad tan afrentosa, que en Estudio alguno, Colegio ni Universidad de sus ciudades había un hombre que pudiese encender un candil para buscar los elementos de estas ciencias. Esta desdicha, mis temeridades y los espíritus del refrán de que en la tierra de los ciegos el tuerto es el rey, me arrempujaron a Salamanca a leer la Cátedra de Matemáticas, que había treinta años que estaba sin maestro, y vacante por más de doscientos. Entré en ella y me duró su posesión veinte y cuatro años (3).

Villarreal vive y ríe, escribe y hace reír a gentes que ya no creen demasiado en los demonios familiares, ni en los demonios del medio-

(2) F. Quevedo: *El gran tacaño y otras*, Barcelona, 1884, pp. 254-260, en general, la cita en 263. Su opinión y aprecio de Quevedo, en Torres: *El ermitaño y Torres. Aventura curiosa en que se trata de la piedra filosofal*, Madrid, 1789, pp. 23-25. Le imita expresamente en *Historia de historias*, Torres: *Obras*, X, 290-307.

(3) Torres: *Obras*, I, prólogo general, sin paginar.

día, ni en las mujeres blancas o el diablo barbudo, que podía enseñar a sus protegidos el secreto de la piedra filosofal. Los lectores del siglo XVIII —el pueblo bajo no sabe leer— no creen en las artes mágicas, pero reciben con gusto las extravagancias de Torres, tal vez les divierten; las nuevas luces no han desterrado el interés por estas zonas, incluso las brujas y los duendes todavía perviven en la imaginación de las gentes más sencillas. Nuestro autor los niega continuamente, para no dejar rastro de duda sobre su persona y conciencia. En su *Anatomía de todo lo invisible de ambas Esferas*, recorre las realidades del mundo: el hombre, las aguas, aire, fuego y lluvias, cielos, estrellas, planetas... Se ocupa de los habitantes del cielo —Dios y los ángeles—, como también de los demonios, con sus diferentes clases de ígneos, aéreos, aqueos, térreos, caseros, subterráneos... Escribe literal: «... apenas hay aldea en donde no nos cuenten enredos de Duendes; bien es verdad, que los más son mentiras de viejas o aprensiones de medrosos y de hombres de poco valor y espíritu...»; mas cuenta algún caso y añade: «últimamente dicen de estos espíritus que corrompen el aire, y envían, con permiso de Dios, las pestes y las enfermedades» (4). Y en otra ocasión descubre al lector:

Diez y seis años ha, que te estoy predicando desde mis Prólogos, que no creas en las adivinanzas y acertijos de la Astrología; y eres tan obstinado que no sólo has creído a mis despropósitos, sino que has dado adoración a todos los zangarrones y patas de cabra que salen jurándoles de Oráculos con su gorra, bigotes, antojos y compases... (5).

Torres escribe y sus ocurrencias se leen. Su estilo espontáneo y las facetas burlescas de sus páginas agradan. Al publicar sus obras en varios volúmenes, se jacta de que «son las primeras en España, que han salido al público con el beneficio de la suscripción...» De paso, cuando enumera sus favorecedores, hace notar la ausencia de su universidad. Intercalada en la lista incluye:

NOTA. Es muy posible que el lector que repase esta lista eche de menos en ella la Librería de la Universidad de Salamanca, que es la única que falta de las Universidades y Comunidades mayores de el Reino: yo no me atrevo a sospechar, ni a desear saber la causa de tan extraño desvío. El curioso que lo quiera saber, se lo puede preguntar a la Universidad, recopilada en los comisarios, de su Librería, o a sus particulares Doctores; y me alegraré mucho,

(4) Torres: *Obras*, I, 238 y 239. Esta obra ocupa este volumen: la parte que describe el cosmos, 120-243; la clasificación de los demonios, 238 ss.

(5) Torres: *Obras*, IX, 186; pertenece al *Extracto de los pronósticos de el gran Piscator*, 1725-1753, juntamente con el volumen X.

que sus expresiones dejen tan enteramente culpadas mis Obras, mi ingenio o mi conducta, que nunca se sospeche que esta gran Madre trata con desprecio o poco amor a sus hijos (6).

Hay un destello de tristeza en estas palabras, pero a continuación arremete contra la literatura académica como acostumbra, contraponiendo su genio a las costumbres doctorales:

Los autores de libros son (regularmente) unos licenciados tenebrosos, pajizos, tristes, severos, tabacones, confusos, embadurnados de una presunción pegajosa y sumidos en las honduras de aquella gravedad desconsolada, con que se crían en las oscuras cavilaciones de sus aulas, Universidades y Colegios. Sus tareas se rezuman también de las ceñudas extravagancias de su educación y su melancolía; porque nos remiten desde sus bufetes unos volúmenes regañones, hoscos y tan satisfechos de sus máximas que desde el pergamino empiezan jurando la utilidad y la doctrina. Yo cuando escribí los más de estos papeles era un mozo vagabundo, haragán, revoltoso, criado en la calle como los berracos de San Antón y los perros de la ciudad de Jerusalén, de espíritu libre, de ingenio atolondrado... (7).

¿Cómo podían entenderle y perdonarle los sesudos doctores? Su figura difiere de los otros catedráticos salmantinos; se destaca de la gravedad de las aulas y las disputas académicas. Otras veces les dedica algún verso, que simula al catedrático ante un fingido rey:

Personaje: *Vengo a informar, Señor, a tu Grandeza
De mis estudios y de mi pobreza;
En Escuelas veinte años he servido
Y a Cátedras cien veces he leído.*

Leandro: *¿Y no habéis hecho más?*

Personaje: *¿No es suficiente?*

Leandro: *Poco mérito es leer tan sólomente;
Cualquiera sabe leer, cosa es notoria,
Siendo acto, que se fía la memoria;
Pero, ¿qué pretendéis?*

Personaje: *Yo pretendía
Una plaza de Oidor, o Fiscalía.*

Leandro: *Poco práctico sois para este oficio;
Y pues tenéis veinte años de ejercicio
De actos y lecciones en la Escuela,
Para que el cargo a que tu estudio anhela
Ejercites sin máximas ni engaños,
Idos a practicar otros veinte años (8).*

(6) Torres: *Obras*, I, lista preliminar, sin paginar.

(7) Torres: *Obras*, I, prólogo general.

(8) Torres: *Obras*, IX, 45 s.

Exageró, tal vez, sus gestos y sus embelecios literarios, buscando el amor del público, que logró ampliamente. Sacó buenos dineros de sus escritos, haciendo reír y rozando artes mágicas y situaciones de estrafalarios personajes. Cuando escribe su *Vida*, quiere justificarse. «Por lo mismo que ha tardado mi muerte, ya no puede tardar; y quiero antes de morirme, desvanecer con mis confesiones y verdades los enredos y las mentiras, que me han abultado los críticos y los embusteros...» (9). Adrede, había envuelto su propia persona —él es protagonista en más de uno de sus escritos— en un aura misteriosa y brujeril. Se presenta como nigromante y adivino por razón de fortalecer su fama e interesar al lector. Y, ahora, cuando escribe su vida, continúa la misma técnica de atraer lectores: «A mi parecer soy medianamente loco, algo libre, y un poco burlón; un mucho holgazán, un si es no es presumido y un perdulario incorregible» (10). Torres es, sin duda, un escritor alegre y ligero, aficionado a las lecturas secretas, explotador de las creencias populares que todavía alentaban en los espíritus de los primeros ilustrados. No cree en la magia, pero se divierte entre aquellos libros y saberes de viejos tiempos pretéritos. No puede explicarse por la decadencia cultural —aparte excepciones— de aquellos años del XVIII. No, la decadencia no es irónica ni posee su alegre talante. Más bien está llena de anquilosamientos y seriedades, de rigideces y rutinas. Este celebrado doctor es una sacudida, una excepción hilarante junto a la gravedad de los doctores. Pocos genios enseñan por aquellos años en las aulas salmantinas, porque hasta las reformas de Carlos III —hasta la entrada de la última ilustración— no se mueve la yerta superficie de la universidad. Torres Villarroel pulsa el nivel desde las matemáticas, quizá el más bajo:

Hallé en esta Madre de la Sabiduría —se refiere a Salamanca—, a este desgraciado estudio sin reputación, sin séquito y en un abandono terrible, nacido de la culpable manía en que estaba el mayor bando de los esco'ares, así de ésta como de las demás Escuelas; porque unos sostenían que la Matemática era un cuadernillo de

(9) Torres: *Vida*, p. 5.

(10) Torres: *Vida*, p. 4. A veces utiliza esta mezcla para la sátira al estilo de Quevedo, como en aquella *Canción de Otoño* (Obras, IX, 129 s.):

Todos: *Que los Jueces y las Brujas*
Todos chupamos,
Unos niños y otros cuartos.

 La Pelota: *La tropa de Justiniano,*
Robadores de por vida,
Con licencia y sin medida
A todo alargan la mano.
De el Doctor y el Escribano
Guardaréis las faltriqueras.

Todos: *Que los Jueces y Hechiceras*
Todos chupamos,
Unos niños y otros cuartos.
 La Pajarilla: *El médico de contado*
Es Juez y Ladrón muy fuerte,
Pues da sentencia de muerte,
Después que nos ha robado.
Con ellos tened cuidado,
Que son guadañas rateras.
 Todos: *Que los Jueces y Hechiceras...*

enredos y adivinaciones, como la jerga de los Gitanos, las charlatanerías de los Titiriteros y los deslumbramientos de los Maese-Corrales; y que todos sus sistemas y axiomas no pasaban de los cubiletes, las pelotillas, las estopas y la talega con su Juan de las Viñas. Otros, menos piadosos y más presumidos, sospechaban que estas artes no se aprendían con el estudio trabajoso como las demás, sino que se recibían con los soplos, los estregones y la asistencia de los Diablos; y del partido de esta impiedad eran los barbones Jurisconsultos, apoyándose con ademanes de Oráculos en las citas de su título mal entendido de *Mathematices, et maleficiis*. Otros, formalmente aseguraban, que no podía el Matemático poner con el compás sobre sus pliegos un ángulo, un óvalo o un polígono sin untarse de antemano todas sus coyunturas con el adobo, en que dicen se remojan los Brujos y las Hechiceras cuando pasan los campos de Círniejola, los Desiertos de Varaona y el Arenal de Sevilla a recrearse con sus conciliábulos y zaramagullones (11).

Dejando aparte sus bromas, no era muy alto el conocimiento de las matemáticas en aquel siglo tan decisivo —como el anterior— para la ciencia nueva. El opta por las chanzas y burlas, a falta de mejor camino. Lleva una nota discordante y escandalosa a los claustros de sabios y anticuados doctores. Hombres que son conscientes en parte de la decadencia de su universidad —de España—, pero no comprenden la ironía como manera de ir por la vida, entre conocimientos muertos y seriedades indigentes.

Una vez, los doctores dirán de Torres que es ignorante. El —de inmediato— contestaría: en treinta y dos años que he explicado, ahora, jubilado, se acuerdan de decírmelo. Los doctores del claustro le responden que habían preferido no contestarle, pues en caso de hablar «su respuesta, por sincera y verídica, no será muy del gusto» de Torres (12). Su respuesta indica incompreensión para el talante de

(11) Torres: *Obras*, I, prólogo general. También dirá que ha formado numerosos discípulos entre saludadores, arquitectos, militares y civiles; tiene consciencia de que está participando en la renovación de la España borbónica: «... conseguimos despertar a la España de la modorra en que yacía; y en nuestro tiempo empezaron a abrir los ojos y a esperezarse muchas de las Academias dormidas, y a vivir nuevamente otras Congregaciones, que están hoy dando al Reino el honor y la utilidad que supieron ponerle en otras edades...»; cita el colegio de nobles de Madrid, la academia de guardias de corps en Madrid y Barcelona, de guardiamarinas en Cádiz, San Telmo en Sevilla, etc. Sobre este despertar, más tardío en las universidades, M. y J. L. Peset: *La universidad española*, en prensa, caps. III y IV. Sobre esta consideración de las matemáticas en el momento, puede verse L. A. Verney: *Verdadero método de estudiar*, traducción española, 5 vols., Madrid, 1760-1768: «Sé que la mayor parte de los Profesores de este Reyno considera la Mathemática como ajena de la Física, y cuando oyen hablar en Mathemático, le preguntan luego si ha de llover o hacer buen tiempo, confundiendo locamente las conjeturas de algunos malos Físicos y peores Astrólogos, con la verdadera Mathemática», t. III, carta X, pp. 84-85. Semejante idea de las matemáticas había en España y en Portugal. Acerca de la rigidez universitaria en todas sus funciones y actos, J. L. Peset: «En busca del alma mater universitaria», *Revista de Occidente*, CXII (1972), 68-78.

(12) Informe que la Universidad de Salamanca hace al Real y Supremo Consejo de Cas-

nuestro matemático. Universidad e ironía, seriedad y viveza se acomodan mal. En el prólogo de su *Vida*, se está defendiendo contra los doctores, sin ninguna duda; porque no se dirige al lector que le sigue, sino al malicioso que le denigra. Posiblemente —el sesudo doctor— diría que «su relato es truhanada, más que virtud o entretenimiento, que no tiene doctrina deleitable, sino muchos disparates y extravagancias, pero no es mejor que lo que sale de su boca —responde Torres— y fregado y relamido pone tu vanidad en las imprentas. Dirás —sigue— que escribo mi vida, porque se me acabó la inventiva y, además, quiero vanagloriarme entre confesiones de cuatro pecadillos, que quiero ganar dineros... Cuida de tu vida —acaba—, y deja que yo lleve y traiga la mía donde se me antojare; y vamos viviendo sin añadir pesadumbres excusadas...» (13).

TORRES, MEDICO

Torres es en medicina un divertido divulgador. Gran parte de sus escritos —al menos los más serios, y siempre con buena dosis de chanza— están sembrados de recetas, opiniones y conocimientos médicos. Pondrá su acento en estos «libros donde se esfuerza por crear, frente a la Medicina académica, tanto antigua como moderna, una Medicina empírica, popular, para que con ella todos, el letrado como el ignorante, puedan atender sus propias dolencias y curárselas por sí mismos sin necesidad de solicitar la ayuda de los doctores, para quienes Torres reservó siempre sus acerbos diatribas» (14). A divulgaciones y polémicas destinó su producción médica; sin ser exactamente galenista ni novator, se enfrenta a ambos grupos, recibiendo duras heridas de ambos partidos; en sus peleas con Martín Martínez, en sus obras en general, defenderá la «medicina astrológica». No pretende apoyarse en supersticiones y en el vulgo, sino busca crear una verdadera ciencia de la influencia de los astros sobre la vida humana. En su *Cartilla astrológica y médica* quiere atraer al práctico

tilla, sobre el memorial presentado al Rey N. Señor, por los cathedráticos de matemáticas de la misma Universidad. Salamanca (1758), p. 21.

(13) Torres: *Vida*, prólogo al lector, sin paginar. Sin duda, sufrió envidias que le afirmaron en ese tono áspero a veces; escribe en sus pronósticos: «la envidia... empezó a morder en mis desabridos borriones, y al fin, había conseguido sorberse mis trabajos; víme pobre, y lo más sensible ocioso, y clamé al sagrado de V. Mag., que habiendo mirado con justicia mi razón, logré la honra de que me mandase continuar mis estudios...», *Obras*, IX, 25, ver 158-160.

(14) L. S. Granjel: «La medicina y los médicos...», 259. No pretendemos en esta nota un estudio de Torres como médico; su bibliografía, no muy extensa, en L. S. Granjel: *Bibliografía histórica de la Medicina española*, 2 vols., Salamanca, 1965-1966.

de la medicina hacia sus ideas, quiere señalar épocas y constelaciones para el curso de las enfermedades, para las sangrías o las purgas:

La fuerza de las Estrellas es tan grande, mayormente del Sol y la Luna, en lo que toca a ayudar, socorrer y destruir a la natural complejidad de los animales en el conflicto y lucha, que hace que la enfermedad contra el humor, que es la causa primera de sus alteraciones (15).

Enlaza con Galeno, Hipócrates y Avicena para sus aseveraciones. Por el primero siente hondo respeto, pues tal vez sus ideas médicas no son demasiado renovadoras. Es posible que el matemático Torres sienta cercano al maestro de Pérgamo; al menos la admiración por su anatomía, es indudable: «Con notable violencia obedezco a V. mds. en la anatomía, que me mandan hacer del cuerpo humano, porque pasan de dos mil y novecientas las copias de la primera que escribió el doctísimo Galeno, y sobre la que V. mds, me piden, y aun todas las demás, respecto de que los cuerpos humanos ni se han mudado ni han adquirido con los días nuevos órganos, ni nueva colocación de partes, y desde Adán hasta ahora conservamos, gracias a Dios, su semejanza y la misma formación y figura. Los nuevos inventos, que desde Hipócrates hasta hoy se han descubierto, se pueden escribir en una cuartilla de papel, y cada médico para poner el hallazgo de un globulillo o de un succo, o de otra partecilla (quizá falsa) ha vuelto a escribir toda la armazón de el hombre. A éste y a todos los demás copiantes les pregunto yo ¿qué es lo que han puesto en tales librotos de su caudal?» (16). Si bien, no deja de proponer una anatomía de los cuerpos vivos que sería más interesante, pero impensable de realizar, y no presta crédito a quienes creen que con la separación de las partes de un cadáver se puede conocer la animación, funciones y facultades de la vitalidad.

Por lo demás, la principal tarea de Torres fue la crítica y la sátira contra la medicina de su tiempo, mientras divulga sus remedios para la salud del hombre.

(15) Torres: *Obras*, VI, 246. En este volumen ocupa la citada *Cartilla*, pp. 238-347; contiene otra *Cartilla rústica*, 123-189, en que también explica la influencia de los astros, y una tercera *Cartilla eclesiástica de cálculos...*, o cronología de la iglesia, 189-238. Su interés por la astrología es continuo, le aflora a cada momento, *Obras*, I, 3-7, X, 105 s., VI, 182-188, por dar algunos lugares; en especial su *Entierro... de la Astrología*, contra Martín Martínez, X, 136-209. Acerca de su polémica con éste, L. S. Granjel: «El pensamiento médico de Martín Martínez», *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina*, IV (1952), 41-78.

(16) Torres: *Obras*, I, 77 ss. Algo después añade: «Lo que pudiera ser útil, sería la anatomía de los cuerpos vivos, pero ésta ninguno la ha hecho, ni es posible hacerla; y no crean V. mds. a los que dicen que de la separación de las partes de un cadáver, se puede conocer la animación, funciones y facultades de la vitalidad. Falible es la Medicina aun en la mecánica disección de el cuerpo estando al pie de un cadáver, consideren V. mds. como sea en la inteligencia de el cuerpo vivo...», 78 s.

Para vivir sin peligro, no hay medicina ni defensa. La corrupción se burla de todos los conatos, prevenciones y deseos: y ésta tiene tantos aliados, como substancias nacen en este Mundo y lucen en el superior. Al cuerpo se le debe tratar con desesperación y con descuido; alimentarlo moderadamente; y reírse de las promesas de su robustez, de las seguridades de su juventud y derrengar de los ofrecimientos que para su recuperación juran los que vanamente presumen de Redentores de su flaqueza, de su peligro y de su desconcierto (17).

Entre médico y literato, predomina siempre en él —casi siempre— el sentido y expresión del que escribe por agradar. Hay que tener en cuenta que Torres no ejerce y que profesa a la clase médica idénticos sentimientos que respecto a sus colegas docentes. Los *Sueños morales* son escenas quevedescas sobre enfermos y médicos; se distribuye por enfermedades, como si fuera un tratado, cuando son, más bien, cuadros de enfermos transformados en esperpentos de la picaresca. A un moribundo, los médicos «para ocultar su ignorancia con un error, empezaron a ministrarle píldoras, sanguijuelas y algunas unturas y pegotes con que acallar las correrías de unos dolores vagos, que le mortificaban varias partes de el cuerpo...»; «los médicos continuaban sus recetas, y sólo servían sus aplicaciones de adelantar el destrozo de aquél cuerpo...» (18). Parece que en sus descripciones va siguiendo las páginas de un manual, con su reunión de síntomas, el tratamiento, curso de la enfermedad... Pero el escritor Torres introduce tal deformación literaria que la muerte se convierte en un aquellarre grotesco. Así describe al que padece de frenesí, de «venenosa inflamación y un incendio activo y desenfrenado de el cerebro» (19):

Aporreábase contra los rudos balustres de su cama, y prorrumpía sin desahogar su inquietud y continua agitación, en turbadas voces, disparatados gritos y truncadas especies, sin prevalecer su anublado juicio en objeto seguro ni apacible; porque en todas sus quejas, gemidos y palabras, sólo resonaba un confuso tropel de varios y desagradables lamentos, confusas cláusulas y funestas y deliriosas voces (20).

Sería hombre muerto en una semana, pero los médicos se lanzan contra él como furias:

(17) Torres: *Obras*, II, 127 s.

(18) Torres: *Obras*, II, 15. Sobre el tísico se ocupa en 16-28: «Acudieron a deponer tan pernicioso humor con los vomitorios, sangrías y purgas; y con los antihécticos de Pedro Poteiro, los succinos, la piedra Hematitis, el Quarango, las flores de el azufre, las leches de burra y de mujer, los caldos de víbora, galápagos, cangrejos y otros auxilios...». p. 16. Sobre la histeria, 191-196.

(19) Torres: *Obras*, II, 19.

(20) Torres: *Obras*, II, 118.

Abriéronle las venas de los tobillos, las cefálicas y las temporales con el deseo y la intención de aminorar el hervor y la rarefacción de el material sanguino; ... Apelaron al cruento sacrificio de la ventosa sajada en la parte anterior de la sutura coronal, y aunque abrieron esta puerta más para la expulsión de el rebelde azufre, no bastó esta fuerza para desalojarlo de el cerebro... Desconsolados de el poco útil de sus sangrías, pasaron a los remedios interiores para reunir con ellos el rarefacto compaje de el líquido sanguino... Ordenáronle los alcalinos fijos, con el fin de absorber los fermentos sulfúreos, los nitrosos, ácidos y salinos, para reunir el destrozado genio de la sangre. Los cefálicos y opiados, para aplacar el tumulto de los líquidos. Los diaforéticos o sudoríficos, para arrojar a la circunferencia del cuerpo los átomos esquinados... (21).

¿Se asemejan estos textos a un libro de medicina del tiempo? Realmente no lo es, pues los sueños de Torres tienen mayores deudas con Quevedo que con el mismísimo Galeno. Pero los materiales, indudablemente, están manejados por un médico; Quevedo fustiga más directo, sin tantos detalles y conocimientos.

Moderación, sensatez y huir de los médicos, he ahí la receta, en la que une la literatura y sus saberes médicos. Pero sin acabar de creérselo...:

Sacúdase V. mds. de ese Doctor pestífero, y examinen con más prudencia las engañosas parlerías de sus aforismos, y el dulce y regalado provecho de la dieta, que abrazando ésta y mofándose de los otros, yo les juro que se le entrará la salud hasta los tuétanos (22).

¿CIENCIA O NEGOCIO?

Pero dejemos este esbozo de caracterización general, y vamos a los sucesos que nos sugirieron escribir estas páginas. Un buen día, a nuestro personaje, ya jubilado con renta cierta, se le ocurrió mejorar la enseñanza pública, al par que ganaba algún dinero: «Tengo también —escribía en 1751— la jubilación de mi Cátedra, gracias a la piedad justificada de el Rey y a la justicia piadosa de su Real Consejo; y con su bendición alcanzo desde mi cama los mismos florines que me daba la Universidad con los juramentos de el Bedel y las certi-

(21) Torres: *Obras*, II, 124 s.

(22) Torres: *Obras*, IX, 128. Torres posee un constante interés sobre los temas médicos, a veces sobre hidrología, *Noticias de las virtudes medicinales de la Fuente del Caño*, V, 284-315, y cuando escribe sobre la vida y milagros de una monja afina en sus enfermedades y muerte, *Vida exemplar de Gregoria Francisca de Santa Teresa*, aludiendo a sus caracteres especiales, XI, 233 ss., 183 s., 267 ss.

ficaciones de haberme visto Estantigua de las Losas, Fantasma de los Postes y aburrida centinela de los Generales». Es decir, yendo a la universidad y certificando el bedel encargado de la asistencia que estaba en los patios, respondía a preguntas estudiantiles —«el famoso poste»— y entraba en las aulas o generales (23).

Se le ocurre traducir un libro francés, con su sobrino, catedrático gracias a sus mañas; lo imprime por cuenta de la universidad y pretende venderlo por la suya. En su intento habría de tropezar con los celos y envidias, incluso con la honesta dignidad de sus compañeros de claustro, y se vería envuelto en largos problemas. Sus burlas sobre la universidad se las echarían en cara, a veces eran bastante agrias. Recordemos sus versiones:

Un bachiller *in utroque* —es decir, en derecho civil y canónico— se hace en nuestras Aulas de un mancebo que se ha gargarizado cuatro cursos con algunas bocanadas de Misinjero —autor de un extendido manual—. Un Maestro en Medicina sale de un baladroncillo, que con las hojas de el Bravo aprendió a tirar tajos por arriba, reveses por abajo y caiga el que caiga (24).

A ambos catedráticos de matemáticas se les antojó la fundación de una academia de esta disciplina, para vender aquella traducción francesa, el *Tratado del uso de los globos y de la esfera*, de Robert Vaugondy a los cursantes, a los siempre sufridos cursantes. Posiblemente querían enseñar mejor y, de paso, ganar algún dinero; sería

(23) Torres: X, 107; para una mejor intelección de la labor universitaria, M. y J. L. Paset: *La universidad...*, caps. VI y VII. Torres y Villarroel se burla de sí mismo como profesor: «Rodeado de más preguntones que el que viene de Roma o de Berbería: engañando a muchos y respondiendo a todos, salía yo una mañana de las Escuelas...», VI, 124, por ello pudiera haberse entendido mejor su crítica contra los doctores salmantinos; una vez, defendiendo al bobo de Coria, escribe: «El Vecino más tonto de ella sabe más que sus Cathedráticos, Doctores y Bachilleres...», X, 79.

(24) Torres: *Obras*, X, 113. He aquí un par de textos más, contra juristas y médicos; son bastante duros, aunque responden a una tradición de sátira de profesionales: «Irás al que los Letrados llaman *Estudio*, y aunque eres Enano, no te quedes tamañito a la vista de sus cuerpos, que allí no hay más que bulto, pues los más fueron hombres desalmados, y si alguno tuvo alma, fue el alma del negocio, que es lo mismo que la de Judas. Todos esos Bártulos, Baldos, Gómez, Donellos, Cujacios, Farinacios, Vinios, etc., son enemigos unos de otros, y la opinión de uno niega el otro; y así, se obscurece la justicia y los mismos profesores tienen la culpa, porque no sólo inventan la ley sino la trampa...», IX, p. 5. De los médicos dirá: «No puedo ocultar la aversión que tengo a sus vanidades, y a su poca humildad; pues los más están creyendo que nos pueden hacer inmortales, y la enfermedad que el uno no curó, piensa el otro que él era capaz de curarla...», I, 79. La tradición satírica seguiría con más fuerza, Torres la vivificó; Iglesias de la Casa la continúa con buen nivel, escribe poesías y también su correspondiente Piscator. Algún otro, Francisco de Valdemoros, hubo de vérselas con la censura en tiempos de Curiel, dando lugar a que ésta se endureciese. A. González Palencia: *El sevillano Don Juan Curiel, juez de imprentas*, Sevilla, 1945, 74-96. El género, por lo demás, fue que Torres continuó, el *Almanak y pronóstico diario de cuartos de luna para el meridiano de Madrid, compuesto por el gran astrólogo andaluz Don Gonzalo Antonio Serrano, Philo-Matemático y Médico en Córdoba, Año de 1744*.

injusto por nuestra parte insistir sólo en su interesada intención. Una cosa no quita la otra, y las personas y las acciones suelen tener, por lo usual, aspectos positivos íntimamente enlazados con otros negativos. No pretendemos juzgar a Torres, simplemente contar unos hechos y, si es posible, intuir unas intenciones...

Trabajaron en la traducción que se terminó a comienzos de 1758. El claustro de doctores les concedió licencia para imprimirlo a costa de la universidad, así como permiso para explicar estas materias, franqueándoles la biblioteca, las aulas o cualquier otra pieza que necesitasen. Dejan para más adelante el deliberar sobre la erección de la academia de matemáticas—integrada en su intento—, así como el justo estipendio que debe pagarse a sus directores. Las cosas van bien para los dos catedráticos de matemáticas, el jubilado Torres y el actual Isidoro Ortiz Gallardo de Villarroel. Tal vez los claustrales desconfíen un tanto, pero nada dejan traslucir. Torres y sus obras han corrido extensamente, a pesar de sus fingidas doctrinas y extravagancias. Nunca se metió con ellos el Santo Oficio ni los ministros del rey, aun cuando escribió sobre «las materias más sagradas y más peligrosas; y profesando una facultad que vive tan vecina de las supersticiones, no me despeñaron mis atrevimientos en las desgraciadas honduras de la infidelidad, la ignorancia o el extravío de los preceptos de Dios, de las ordenanzas del rey y de los establecimientos de la política y la naturaleza» (25).

En abril sigue la tramitación con la lentitud propia del siglo y de la universidad. El claustro empieza a sospechar, y nombra comisarios para que deliberen sobre la erección de la academia. Todavía les da sentidas gracias por la impresión del libro, que debe repartirse entre los doctores y dejar el sobrante en la librería de la universidad. Pero aquí termina la armonía—se inician las divergencias—, porque Torres retiene los libros impresos y deja traslucir sus intenciones. En mayo, los claustros aplazan toda decisión sobre la creación de la academia y critican fuertemente la traducción. Quieren que acuda el catedrático Torres, y dé cuentas de los ejemplares que retiene. El maestro Ribera ha hecho ver los reparos que le merece el libro. Todo es desconfianza y pugnas. Nuestro Torres—escurridizo—no se presenta al claustro, escribe informando que ha elevado una representación al rey sobre lo sucedido (26). ¿Qué ocurre?

Sencillamente, el avisado Torres ha dejado percibir sus designios.

(25) Claustro de 30 de enero, extracto en *Informe que la Universidad...*, p. 29 s. La cita pertenece a la *Vida...*, p. 57. Procura, por lo demás, estar bien con los poderosos; dedica sus pronósticos a nobles señores y ministros.

(26) Claustro de 19 de abril, 11 de mayo, 5 y 22 de junio, en *Informe que la Universidad...*, 30, 31 s.

Un individuo de la junta o comisión encargada de la impresión y de la academia, les ha visitado en 20 de abril, les ha hecho entrega de los gastos de la impresión y les promete veinte doblones, en pago de su labor de traducción. Ambos traductores presentaron un *Memorial y cuenta mecánica* a esta Junta, en que dan gracias a la universidad, y le manifiestan su deseo de servirla, sin otro don ni recompensa que la gratitud del claustro, de que tienen buen testimonio. En cambio, no les hace tanta gracia que se les ordene entregar los libros, para su reparto a graduados y depósito de los sobrantes en la universidad. Proponen una solución en bien de «los intereses de la universidad», y, sobre todo, de sus propios bolsillos. Mejor sería—discurren—que ellos mismos los pongan a la venta, pues el nombre de Torres Villarroel ha vendido muchos escritos en los últimos treinta años; los libros publicados por él «no han padecido detención alguna, ni otra casta de desprecio en el buen despacho; y le es muy sensible y doloroso ver arrinconados, detenidos u ocultos sus papeles, y será perjuicio notable a su opinión—a su fama—, que se quede estancada esta obra favorecida de la universidad, cuando todas las demás suyas, sin este favor tan excelente, han recorrido con la felicidad que es notorio en toda España...» (27).

Torres y su sobrino—como buenos matemáticos—saben hacer números, en especial si son comerciales y les auguran buena ganancia. Su *Memorial* nos depara buena muestra del ingenio monetario del catedrático salmantino. Añade, pues, una cuenta mecánica y demostrativa de sus pretensiones. En extracto era la siguiente:

| | Reales | | Reales |
|--|--------------|--|--------|
| Coste de impresión | 1.103 | Adquisición de 100 ejemplares por los traductores. | 500 |
| Gratificación a los traductores | 1.200 | Ventas | 250 |
| Encuadernación de los 100 a repartir | 200 | <i>Ganancias</i> | 750 |
| Encuadernación resto | 200 | | |
| Gastos | 2.703 | | |

Luego habría un déficit o perjuicio de 1.953 reales de vellón, pues no son de esperar muchas ventas si se entregan a la universidad: «en diez años cuando más se venderían cincuenta libros» (28). Pero «dichos catedráticos no quieren que la universidad sea perjudicada en

(27) *Informe que la Universidad...*, 33 y 34.

(28) *Memorial y cuenta mecánica; que los catedráticos presentaron a la Junta de la Academia de Matemáticas*, inserto en el *Informe que la Universidad...*, 33-37, cuentas en 35 s., la cita es de la p. 35.

cosa alguna, especialmente cuando quedándose ellos con la impresión, puede ganar mucho dinero». Y hacen otra cuenta:

| | <u>Reales</u> | | <u>Reales</u> |
|--|---------------|-----------------------------|---------------|
| Coste principal | 1.103 | Adquisición de los 100 | |
| Encuadernación de los ejemplares a repartir por ellos. | 300 | ejemplares | 500 |
| | | Venta de los 650 restantes. | 3.250 |
| | | | |
| <i>Gastos</i> | 1.403 | <i>Producto</i> | 3.750 |
| | | <i>Costes</i> | 1.403 |
| | | | |
| | | <i>Ganancia</i> | 2.347 |

Los autores pensaban sacar, por tanto, el doble de la gratificación concedida por la universidad, vendidos los libros por su cuenta. Se habían impreso 750, de los que no repartían ninguno, y adquirirían cien para sus particulares compromisos—algunos ya los habrían enviado—. No estaba mal pensado; suponen que la venta por la universidad sería desastrosa, cinco libros al año, y, por lo demás, si había beneficio debía ser para ellos. ¿Sorprendente?

Ellos con toda desvergüenza suplicaban:

Vistas con atención ambas cuentas, se ve matemáticamente demostrado, que si se siguiese la primera, la universidad pondría de su arca, mil novecientos cincuenta y tres reales vellón, quedándole a los catedráticos por fruto de su trabajo y gratificación de la dedicatoria, tan solos setecientos reales de vellón— descuentan los libros a adquirir—; y siguiéndose la segunda o última, la arca de la universidad tan siquiera aventura un ochavo, y los catedráticos por fruto de su tarea, logran dos mil trescientos cuarenta y siete reales vellón, y por gratificación, el lauro de haber servido a la Universidad, al Rey y al público promptamente, y sin interés alguno, que es a lo que aspiran, y por eso se atienen a la segunda, que firman en Salamanca, a veinte y uno de abril de mil setecientos cincuenta y ocho años» (29).

Y firman y rubrican los dos matemáticos, tío y sobrino.

Al claustro general, naturalmente, no le gustó la feliz y matemática idea. Las cuentas no parecían muy desinteresadas, ni los doctos profesores tampoco. Por ello les llaman a capítulo, y muy pronto, ya que siempre se mezclan ideas con jugosas realidades, se les antojó que el contenido del libro tampoco era demasiado ortodoxo. Torres, viejo ya, acude al rey Fernando VI buscando amedrentar a todo el claustro. Presenta un memorial irónico y lleno de sarcasmos, al que contestaría la universidad en idéntico tono, cuando el rey pide su

(29) *Informe que la Universidad...*, p. 36 s.

informe por real provisión de 5 de julio de 1758. Tanto es así, que en la respuesta claustral se pedirá excusa al monarca por la jocosidad e ironías que oponen a la mordaz acrimonia del anterior memorial, al que se reputa de «execrable conjunto de falsedades, imposturas y calumnias con que han intentado sorprender la buena fe y justificada piedad de su monarca» (30).

No había abandonado el matemático Torres los ímpetus de su mocedad a lo largo de su vida; conservaba aún aquel espíritu «insolente, libre y desvengonzado... Enojado con aspereza de las imprudentes correcciones, del odio mal fingido y de las perniciosas amenazas de aquellos prepotentes varones, que se sueñan con facultades para atajar y destruir las venturas de los pretendientes, dí en el mal propósito de burlarme de su respeto, de reírme de sus promesas y de abandonar sus esperanzas... Volvíme loco rematado y festivo, pero nada perjudicial; porque nunca me acometió más furia que la manía de zumbarme de la severidad que afectaban unos, de la presunción con que vivían otros, y de los poderes y estimaciones con que sostienen muchos las reverencias que no merecen. Negueme a la solicitud de los beneficios, capellanías y asistencias, por no pasar por las importunidades y sonrojos de las pretensiones; derrengué de las cátedras y los grados; y absolutamente de todo empleo, sujeción y destino...» Luego —al avanzar los años— sienta cabeza y recibe favor del público y los poderosos. «Voy manteniendo, gracias a Dios, la vida sin especial congoja, ni más pesadumbres que las que dan a todos los habitantes de la tierra el mundo, el demonio y la carne. Vivo, y me han dejado vivir desde este término los impertinentes que viven de residenciar las vidas y las obras ajenas, quieto y apacible, y ocupado sin reprehensión y sin molestia...» (31). Pero no ha perdido su humor en los últimos años. Por ejemplo, entre sus amigos, llama despectivamente a los claustros universitarios concejos, recordando las reuniones municipales de los labriegos, y, otras veces, cabildos, aludiendo más lejanamente a los ayuntamientos de los pueblos.

En suma, el rey pediría a Salamanca que se pronunciase sobre el memorial que le había remitido Torres, en que se quejaba dolorido:

...habiendo dedicado a la Universidad de Salamanca y traducido del francés al castellano (con algunas alteraciones, como se advierte en el prólogo) un libro que del uso de los globos y de la esfera escribió M. Roberto Vaugondy, la Universidad se desató al principio en aplausos y gratificaciones, y luego sin motivo ni ocasión, en desprecios y desaires. Los doctores don Francisco de Ovan-

(30) *Informe que la Universidad...*, p. 30. Ya en otra ocasión acudió al rey, nota 13.

(31) D. de Torres y Villarreal: *Vida...*, 65 y 112.

do y el reverendo padre fray Manuel Bernardo de Ribera, se metieron en el importuno trabajo de hacer una crisis impiadosa a dicho libro, mancharon sus imágenes con notas impertinentes y pueriles y dispusieron una rigurosa declamación contra sus letras. Con esto y su silencio, impresionaron los espíritus de los incautos y persuadieron que en el libro se guardaban renglones y planas más merecedoras de el fuego que de la luz que estaban gozando... (32).

Naturalmente, los traductores y matemáticos exponían su versión y hacían ver el enojo que les había producido la actuación de los claustrales. Cuando se mostraron sus intenciones, la ortodoxia dejó oír su voz en las palabras de los doctores Ribera y Ovando. ¿Contenía en verdad el libro tanta herejía? ¿Se envidiaba a Torres su prestigio y sus escritos esparcidos? ¿No gustaba su vida más libre y exenta de las severidades de la sabiduría? Desde luego, les molestó—eso sí—su interés un tanto excesivo por aquellas ganancias que pretendía en sus cuentas. Envidia y rencores, severidad ante la «desinteresada» cuenta y los propósitos revelados. De todo habría en la viña universitaria.

En algún claustro se les impidió entrar a tío y sobrino, porque al tratar de libro y academia, como asunto que les concernía, no debían estar presentes conforme a los sabios estatutos de la vieja Salamanca. Quizá sobrevolaba cierta desconfianza en los sesudos doctores. Pero más adelante, guiados por Ribera, la actitud frente a ellos se hace decididamente hostil, enemiga. En el día 11 de mayo—se quejan los matemáticos al rey—se celebró claustro, «el reverendísimo Ribera sacó el libro con las márgenes denegridas de notas y adiciones, y detrás de él un papelón declamatorio que empezó a leer y exclamar con esfuerzo artificioso contra nuestra estimación y contra él, añadiendo gritos, conmociones violentas, palmadas y otros espantos» (33). El mismo día, la universidad quiso ser Santo Oficio o Consejo y retirar de la circulación el libro de Vaugondy, mientras sin escuchar sus posibles defensas, les motejó de «ignorantes e indignos de continuar y practicar su oficio». Toda Salamanca se enteró de la afrenta, de la suspensión de la academia y, también, se esparcieron rumores en contra del libro. Y, «cosa que rara vez sucede, aparecieron en el claustro el rector y el maestrescuela y los doctores más viejos; los cuales habiendo sido llamados para plantear el método de las academias,

(32) C. M. Ajo G. y Sainz de Zúñiga: *Historia de las Universidades*, IV, 375; también en E. Esperabe de Arteaga: *Historia pragmática e interna de la Universidad de Salamanca*, 2 vols. Salamanca, 1917, I, 929 ss.

(33) C. M. Ajo G. y Sainz de Zúñiga: *Historia de las Universidades*, V, 376, pero la cita se da más completa, sobre *Informe que la Universidad...*, p. 10.

destinaron todo su tiempo a oír las injustas apologías y declaraciones del Ovando y Ribera, y vio el pueblo escandalizado salir a hora tan desusada a los doctores viejos y enfermos, habiéndose desacomodado de sus poltronerías para dar una determinación tan indecorosa a dos maestros, sus hermanos, cuyo honor, conducta, ciencia y buena intención había recibido bien toda la tierra y los moradores de estos países y otros más extraños» (34).

Se quejaban también de que

Don Francisco de Ovando, Doctor en Medicina, y el R. P. Fr. Manuel Bernardo de Ribera, Doctor Teólogo, sin más necesidad, justicia, esperanza ni precepto, que el apetito de entretener sus cavilaciones extraordinariamente desabridas, se metieron en el importuno trabajo de hacer una crisis—crítica—impladosa a dicho libro: mancharon sus márgenes con notas impertinentes y pueriles, y dispusieron una rigurosa declamación contra sus letras, ponderada con acritud imponderable (35).

La universidad tenía que defenderse.

Los dos catedráticos de matemáticas, envalentonados con su representación al rey, seguían su camino en el negocio que fraguaron. El día 27 de junio hacían aparecer en la *Gaceta de Madrid* un anuncio del libro, objeto de tantos intereses encontrados. No contentos, el 2 de julio ponen carteles por la ciudad para venderlo. ¡Buen sentido comercial! También propagan y venden el memorial que han remitido al rey, junto con una carta injuriosa de Torres dirigida a Ribera, seguida de otra «muy insulsa y por ello menos delincuente», contra Ovando. Toda la ciudad universitaria viviría los sucesos y rencillas académicas como un deporte gratuito y encarnizado (36). El claustro general se reúne el día 8 de julio, para contestar el memorial de Torres al rey, que se había divulgado. Al arribar la orden regia para que informe la universidad, ésta ve llegado el momento de aprovechar los materiales elaborados por el comisionado para aquel asunto, el formidable maestro fray Bernardo de Ribera. Hombre tradicional y duro, al parecer, y que

(34) Según la real cédula, en C. M. Ajo G. y Sainz de Zúñiga: *Historia de las Universidades*, V, 376; con más detalle trae el memorial al rey—copiado a párrafos, el *Informe que la Universidad...*, pp. 11, 12, 14, 16, 18, 19, 20, 21, 21 s., 24, 25 s., 26, 27. Véanse unas muestras de su tono: «En este día, y en aquellas horas desesperadas, los delatores y sus parciales, rodeados de impetuosas agitaciones, de violentas furias y de una indignación aceda y delincuente, se desataron en muchas palabras ofensivas y falsas a nuestra estimación, estudio y decoro, sin reservar la vejez, el carácter ni la anciana y buena opinión que goza por la piedad de V. M. su Jubilado: pues siendo éste a pesar de la envidia y de la cólera y de su encogimiento y humildad, el más famoso, el más honrado de los Príncipes y Grandes y pequeños de España, y el más conocido de la publicidad por sus obras, no faltó en el claustro una falsa voz que dijo: que las obras de Torres no eran suyas.»

(35) *Informe que la Universidad...*, p. 8.

(36) *Informe que la Universidad...*, p. 2.

como principal insultado debía defenderse y dejar en buenas luces las glorias de la universidad. La auxiliarían seis doctores y maestros (37).

Se reconoce en el informe de la universidad—que nos ha servido de fuente primordial para estas páginas—que se autorizó, al pronto, el libro de Vaugondy. Que se aceptó en el claustro con parabienes, se imprimió por cuenta de la universidad y que incluso sus aprobaciones, civil y eclesiástica, fueron redactadas por individuos de su seno. Pero, más tarde, hubo de cambiar su postura. Al discutirse la aprobación de una academia de matemáticas, el claustro dio comisión a Ribera para que se pronunciase sobre ella. Con este motivo empezó la censura del libro. Si se opuso a que entrasen los traductores en aquel primer claustro, el fundamento se encuentra en los estatutos de aquel Estudio, y nada puede hacerse contra ellos. Nada de tremendo hubo en aquel famoso claustro—ni gritos ni denuestos—, sólo, reconoce la universidad, «se enardeció algún tanto la disputa, como es natural en semejantes lances» (38).

También aclara que la universidad no dispuso del libro como Inquisición o Consejo, como autoridad—que no la tenía—, antes bien, como dueña y propietaria de la obra. Torres y el otro así lo habían reconocido, ya que esperaban las disposiciones de los doctores acerca del libro, su destino, su encuadernación y venta. Pero luego, no les gustó esa solución y se resistieron a entregarlo. ¿Cómo se atrevieron a tanto?, nos preguntamos.

La razón es bien sencilla. Cuando los claustrales quisieron percatarse de la situación, el bueno de Torres—con calculada picardía—había avanzado mucho. Los veinte doblones prometidos por su trabajo no se habían entregado, y la junta o comisión correspondiente les había hecho cesión de los ejemplares, de su propiedad. Por ello presentan inmediatamente las cuentas antes descritas, contando con la benevolencia de la junta. Luego aparecerán los problemas, y se argüirá por el claustro que estos comisionados no tenían poder para dar aquel paso o transacción (39).

No admitía la universidad que haya suprimido la academia de matemáticas, pues tan sólo se propuso la deliberación sobre ella. Por lo visto, dicen, los primeros ensayos no tuvieron el deseado éxito, el público no acudía—según uno de los catedráticos se quejaba—. Incluso, dirigiéndose al claustro, echaron pestes de sus discípulos y oyentes, afirmaron ser «unos aficionados altaneros, de diferentes y

(37) *Informe que la Universidad...*, p. 2 s., sobre Ribera.

(38) *Informe que la Universidad...*, pp. 8-9 y 10.

(39) *Informe que la Universidad...*, p. 13 s.; se había cedido en el día 22 de abril, tras el memorial a la Junta.

extravagante genio, sin sujeción alguna a las leyes de la enseñanza» (40). Pero, sin duda —hay que conceder a Torres una cierta dosis de buenas intenciones—, pretendía cambiarlos e interesarlos a través de la academia. Por otro lado, la universidad quiere deshacer la pintoresca versión que presentaba de aquel claustro acalorado sobre las calidades y ortodoxia del libro. Cada uno da su versión, cada uno su verdad. No es verdad, afirman los claustrales, que su rector —Francisco Antonio Amabízcar— no asista a las reuniones académicas; y también lo hacía su maestrescuela —Sancho Inclán, ya difunto—, cuando se trataba de asuntos de importancia; y los viejos doctores acuden a veces; muchos ancianos no lo hicieron aquel día ni tampoco otros jóvenes y en buena salud. No hubo conspiración general, como pretenden.

Se quejan del sarcasmo de Torres contra Ovando y Ribera, por no ser matemático sino de distinta especialidad, y, a su parecer, muy aburrida y desabrida. ¿Por qué no han de saber de matemáticas y astronomía? Son tiempos de escasa especialización en la universidad, quien, a su vez,

...desea saber del Maestro Torres, si su profesión de *Astrólogo* le impide el conocimiento de la *Ascética* para Director de espíritus, la *Económica* para administrador de mayorazgos, la *Poética*, *Scénica*, *Saltatoria*, y otras bellas facultades, que ha andado ejerciendo por el mundo: y en fin la *Encyclopédica*, conquie de todo sabe, según atestigua él mismo en muchas partes de sus obras? (41).

Hay aquí alusiones a su oficio de capellán de las agustinas recoletas y a su fortuna personal. Y sobre todo, envidia revuelta en sarcamos por su obra literaria y variada, que tan mal ha de sentar a los lectores de páginas latinas, con mil cuestiones escolásticas y académicas, vacías de sentido en los años centrales del XVIII. Envidia contra quien ha sobrepasado los estrechos círculos del especialismo arcano y se burla de seriedades y prestigios.

Por lo demás, entre las líneas de aquellos hombres —traductores y detractores— se deslizan las agrias razones de las porfías académicas. Las doctrinas y cuestiones se hacen insultos personales: Torres los ha denominado llanamente por sus nombres, otras veces se refiere a ellos como «estos hombres». ¡Pecado mortal académico! Otras veces, insinuando el exceso, les nombra reverendo o reverendísimo, que sólo corresponde a prelados. A ellos —hombres protocolarios del XVIII— les duele; advierten que los catedráticos de mate-

(40) *Informe que la Universidad...*, pp. 14 y 15; sobre asistencia del rector y los demás, 18.

(41) *Informe que la Universidad...*, p. 21.

máticas se han llamado a sí mismos doctores, cuando no les corresponde, «siendo unos puros Maestros en Artes», y tampoco son graduados en Matemáticas, título que no existe. Incluso le achacan a Torres la cacicada de haber examinado a su sobrino para la cátedra... (42).

Les duelen las chanzas que Torres se ha permitido en sus obras acerca de la universidad. Le reprochan, especialmente a él, estar «en muy antigua posesión de no guardar medidas con esta Madre—la universidad—. De esto dará la universidad la prueba más auténtica, representando a V. A. en papel separado las expresiones injuriosas y denigrativas que contra su nombre, colegios, comunidades e individuos ha insertado el Maestro Torres en las muchas obras de tinieblas con que ha inficionado la luz pública» (43). Es verdad que el autor ha bromeado constantemente. En las páginas de su *Vida*, por acudir a su principal obra, narra sin escrúpulos su estancia en la escuela y en el Colegio Trilingüe, en la Universidad... Se burla de su profesor de Gramática—Juan González de Dios—; del rector del colegio, «clérigo virtuoso y de vida irreprochable, pero ya viejo, enfermo y aburrido de lidiar con los jóvenes que se crían encerrados en aquella casa. Sus achaques, la vejez y los anteriores trabajos lo tenían sujeto a la cama muchas horas del día y muchos meses del año...» (44). O del catedrático de Retórica, que perdió el libro y desde entonces acabó clase y enseñanza, pasando las horas en conversaciones y chanzas. Incluso cuando cursa medicina, cuando alcanza la cátedra, cuando explica o se doctora, Torres ríe de las seriedades académicas.

Otras mil menudencias se revelan ásperamente en los escritos en torno a la traducción francesa y la erección de la academia matemática. Opinaba Torres que no se le notificó para que se presentase al claustro, que le condenaron sin oírle. No es verdad, dicen sus adversarios; él sabía que le esperaban y en ningún momento quisieron cogerle desprevenido. Decidieron celebrar claustro quince días después del suceso y crítica del libro; pero se aplazó por ser *Corpus* y hallarse la mayor parte—el mismo Torres, capellán—en sus obligaciones y en sus devociones. Más bien, no acudió Torres por hallarse entregado a la redacción y envío de su memorial, a su impresión y divulgación. De paso, le critican su vanidad en la ciencia matemática y en el arte de mentir con las estrellas. Continuamente resaltan el desmedido interés de aquellos catedráticos, su codicia. Envían al rey su *Memorial y cuenta mecánica* a que nos referimos. El uso

(42) *Informe que la Universidad...*, pp. 20 y 22.

(43) *Informe que la Universidad...*, p. 11.

(44) Torres: *Vida*, p. 28; véanse 20-23, 24 s., 30-32; sobre su estudio de medicina, 69-70; cátedra y su desempeño, 80-85, 88-90.

de mayúsculas y bastardillas hace notar su ambicioso afán por el dinero, una y mil veces en el escrito de la universidad. Y no contentos, aún añaden a este escrito unas mordaces consideraciones sobre las afirmaciones y sobre la persona del maestro Torres. Entre otras, le dicen que todavía no ha pagado al impresor, incluso que no ha devuelto a la biblioteca de la universidad «el Estuche Matemático y el Astronómico Cesáreo de Pedro Apiano» (45). Y terminaba la respuesta de la universidad al rey con un dardo en latín, que apuntaba a la moralidad de los Villarroel. Un verso de Juvenal, impreso con tipo de imprenta mayor: *Probitas laudatur, et alget* (46).

El rey —el Consejo de Castilla— rastreó en aquella disputa, que sin duda iría calmándose a medida que transcurría el tiempo. En 1762 aceptó definitivamente la creación de la academia que podía mejorar las enseñanzas salmantinas (47). Y todo se olvidó, incluso la academia, que no aparece en los planes de estudio posteriores; todo se esfumó en el polvo devorador de los tiempos, a pesar de que, una vez más, la disputa exacerbó por algunos meses la tranquila y sabia Salamanca.

Torres Villarroel fue uno de los primeros autores españoles que supieron sacar provecho de su pluma y contaron con su público. Aquel hombre docto —por más que se burle de su ciencia— prefirió los deleites de la literatura y sus ganancias. En su más famoso escrito había dicho desafiante al lector: «Dirás últimamente que porque no se me olvide ganar dinero he salido con la invención de venderme la vida. Y yo diré que me haga buen provecho; y si te parece mal que yo gane mi vida, ahórcate, que a mí se me da muy poco de la tuya» (48). Y en otro pasaje dejaba ver su orgullo de escribir y vender sus producciones:

Yo soy autor de doce libros, y todos los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme. Esto nadie lo quiere confesar, pero atisbemos a todos los hipócritas, melancólicos, embusteros que suelen decir en sus prólogos, que por el servicio de Dios, el bien del prójimo y redención de las almas dan a luz aquella obra; y se hallará que ninguno la da de balde, y que empieza el petardo desde la dedicatoria, y que se espiritan de coraje contra quienes no se la alaban e introducen (49).

(45) *Informe que la Universidad...*, 38; en general, 24-30; las *Reflexiones que naturalmente se ofrecen al leer este memorial y esta cuenta*, se insertan en 37-40.

(46) El verso dice: *Aude aliquid brevibus Gyaris, et carcere dignum, Si vis esse aliquis probitas laudatur, et alget.*

(47) C. M. Ajo G. y Salnz de Zúñiga: *Historia de las Universidades*, V, 195.

(48) Torres: *Vida*, prólogo, sin paginar.

(49) Torres: *El ermitaño*, 23; en general, el examen de su librería a imitación del *Quijote*, en 14-37; véase *Obras*, IX, 164-166.

En los sucesos narrados parece que se le fue la mano; estaba viejo y quería hacer su negocio con la traducción francesa, costeada por la universidad. Le tuvieron que parar los pies, tal vez con cierta envidia, pero con muy certeras razones. Años más tarde, en aquella misma universidad, un teólogo acusaría a otro matemático, el padre fray Justo García, por haber redactado su manual en castellano para su mejor comprensión y difusión. Incluso recelaría si se había modificado el plan de la facultad menor de artes o filosofía y trastocado su antigua tradición, para facilitar sus ventas (50). Posiblemente, no tenía ninguna razón quien tal afirmaba. Sin embargo, el libro de texto ha podido ser negocio, desde que las universidades abandonaron los viejos textos de la ciencia tradicional y anquilosada por otros más modernos. Ello ocurre desde el reinado de Carlos III de forma usual, sin que falten ejemplos anteriores. Uno de ellos fue el caso de Torres Villarreal.

El ingenio del médico y matemático Torres, que fue mucho, se vertió hacia la literatura. ¿No eran tiempos para cultivar en España las matemáticas seria y científicamente? En modo alguno le faltaron buenos conocimientos, como puede apreciarse en el examen que hace —a imitación de Cervantes— de la biblioteca del ermitaño, trasunto de la suya propia. Cardano, Descartes, Maignan... Médicos y filósofos, físicos y químicos... Entre ellos, la obra del P. Tosca, que en los albores de siglo intentó, siquiera como resumen, iniciar el camino del estudio moderno en España. Opina Torres sobre la utilidad y buen sentido de la obra del clérigo valenciano, que se aparta del aristotelismo. Nada cabe esperar de esta tradición que viene de Grecia: «No pude adquirir conocimiento que me distinguiese del rústico —concluye Torres—, conque persuadido de mi ignorancia me dediqué al estudio de estos libros que compuso el Padre Tosca, y empecé allí a ilustrarme y a sentirme distinto en el modo de aprender las cosas. Muchos días ha que en España no se ven escritos de tal utilidad, y ellos sólo bastante a formar un físico. Yo también soy muy aficionado a su método, claridad, estilo y eficacia» (51).

Pero Torres no gustó del camino del estudio creador. Y por suerte aportó unas obras hermosas y entretenidas —inmortales— a la lite-

(50) M. y J. L. Peset: *La universidad española*; cap. X.

(51) A. Flores: *Ayer, hoy y mañana*, 3 vols. Barcelona, 1892-1893, I, 251, en donde se reproducen largos versos de una obrita de teatro. En conjunto sobre la vida estudiantil de la época, en donde aparece Torres repetidas veces, M. y J. L. Peset: *La universidad española*, en prensa.

En descargo de Torres y su sobrino hay que señalar que la misma universidad, a través de informe del mismo Ribera, se opone a la creación de la Academia del Buen Gusto de Zaragoza, unos años más tarde, en G. Coxe: *España bajo el reinado de la casa de Borbón*, traducido por Jacinto de Salas y Quiroga, vol. IV, Madrid, 1847, pp. 512-513.

ratura española. ¿Hubiera sido otra cosa más deseable? Ahora permanece vivo, mientras Tosca se olvidó en un recodo del siglo XVIII.

El buen matemático o el médico quedaron escondidos en los pliegues de sus escritos picarescos. Parece que se contagió de la alegría juvenil de los estudiantes a que enseñaba. De aquellos que al fin de la centuria recitaban:

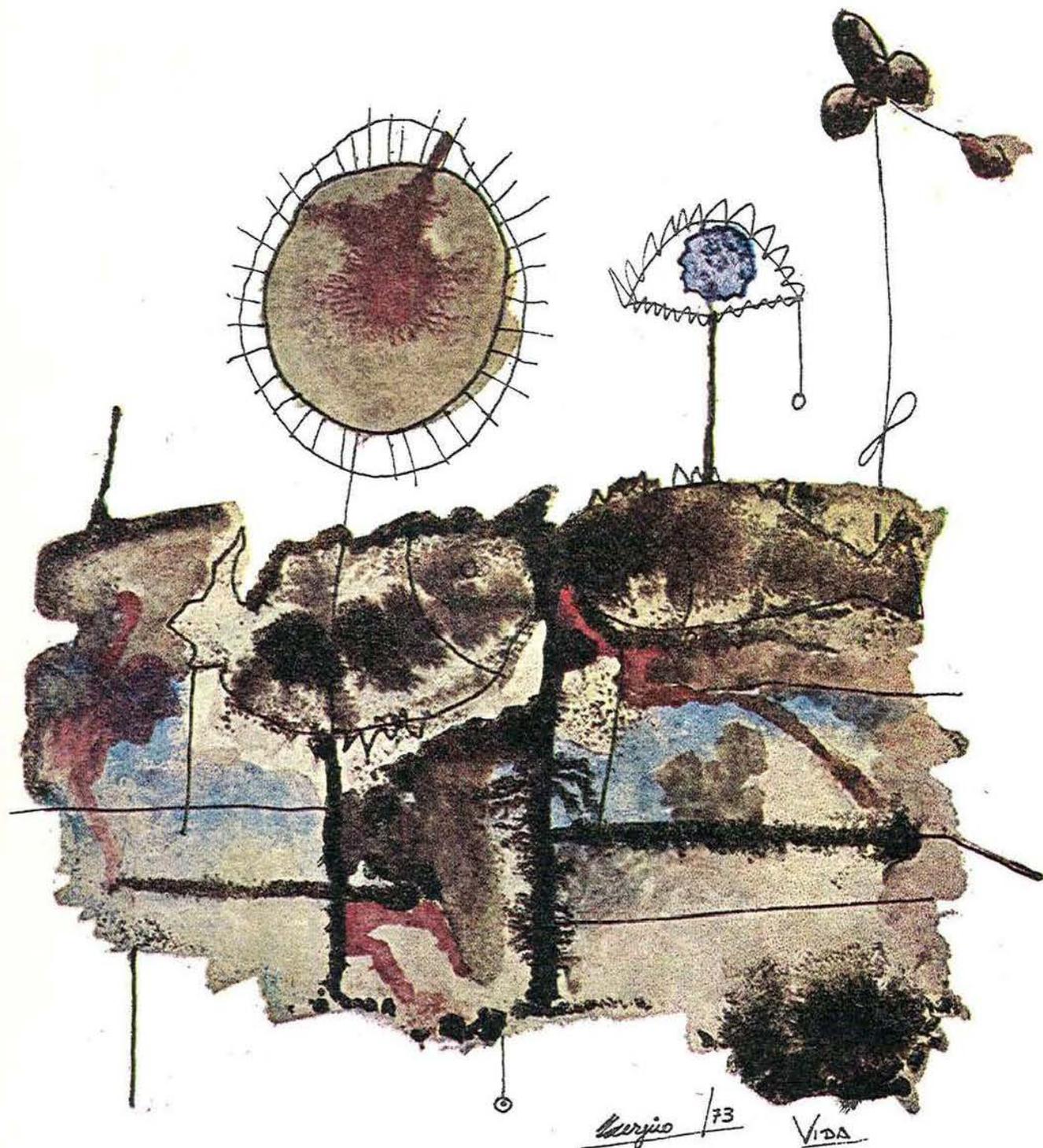
*De astrología no importa
que ni los principios sepas;
no obstante, por si se ofrece,
has de saber que hay esferas,
que hay zona fría y templada
y coluros y planetas,
y eclipses y vía láctea,
cenit, nadir, periferias,
círculos grandes, pequeños,
ecuador, polo y cometas.*

MARIANO y JOSE LUIS PESET REIG

Instituto Arnáu de Vilanova
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Duque de Medinaceli, 4
MADRID

CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS



MADRID
SEPTIEMBRE 1973

279

C U A D E R N O S
H I S P A N O -
A M E R I C A N O S

L A R E V I S T A

de

N U E S T R O

T I E M P O

en el ámbito del

M U N D O

H I S P A N I C O

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Revista mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M 3875/1958

DIRECTOR

JOSE ANTONIO MARAVALL

JEFE DE REDACCION

FELIX GRANDE

279

DIRECCION, ADMINISTRACION
Y SECRETARIA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 244 06 00

MADRID

INDICE

NUMERO 279 (SEPTIEMBRE 1973)

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

| | |
|---|-----|
| CARLOS AREAN: <i>Lección de Isidro Nonell</i> | 431 |
| EMILIO GONZALEZ LOPEZ: <i>Benavente, punto y contrapunto de la generación del 98</i> | 454 |
| MANUEL ALVAR: <i>Una encuesta en los llanos orientales de Colombia</i> | 466 |
| OCTAVIO ARMAND: <i>Un niño me llevará a casa</i> | 475 |
| ENRIQUE MARGERY PEÑA: « <i>Últimas tardes con Teresa</i> », de J. Marsé. | 483 |
| MARIANO Y JOSE LUIS PESET: <i>Un buen negocio de Torres Villarroel</i> | 514 |
| JUAN LUIS LLACER: <i>Los peligros de tener ideas</i> | 537 |
| JUAN IGNACIO FERRERAS: <i>El tema americano en la novela española del XIX. Orígenes y desarrollo</i> | 546 |

NOTAS Y COMENTARIOS

Sección de notas:

| | |
|--|-----|
| JOSE LUIS ORTIZ: <i>¿El flamenco, cante del pueblo?</i> | 587 |
| RISZARD MATUSZEWSKI: <i>La poesía polaca contemporánea</i> | 596 |
| ALVARO CASTILLO: <i>Homenajes</i> | 604 |
| ALBERTO ANDINO: <i>Bolívar, Olmedo y «El canto de Junín»</i> | 611 |
| JACINTO LUIS GUEREÑA: <i>Miguel Angel Asturias, en su arte comprometido</i> | 620 |

Sección bibliográfica:

| | |
|---|-----|
| JOSE MARIA DIEZ BORQUE: <i>Recuperación de un crítico literario: Leopoldo Alas</i> | 629 |
| JORGE RODRIGUEZ PADRON: <i>Breve incursión en «El espacio vacío».</i> | 634 |
| LUIS IGLESIAS FEIJOO: <i>Los ensayos de Buero Vallejo</i> | 640 |
| EDUARDO TIJERAS: <i>Autoagresión</i> | 646 |
| MANUEL VILANOVA: <i>Cernuda, ¿poeta bucólico?</i> | 650 |
| JOSE LUIS COUSO: <i>Un libro de Capote Benot sobre Cernuda</i> | 654 |
| RAFAEL SOTO: <i>Dos poetas en la experiencia semiológica</i> | 659 |
| DIEGO GRACIA GUILLEN: <i>La fenomenología del cuerpo</i> | 667 |
| ROBERTO ECHEVARREN: <i>Dos libros de Sergio Pitol</i> | 673 |
| DARIE NOVACEANU: <i>El Dostoievski de Edward H. Carr</i> | 677 |
| JUAN CARLOS CURUTCHET: <i>Dos notas sobre narrativa</i> | 680 |
| JOSE MARIA BERMEJO: <i>Dos jóvenes novelas</i> | 684 |

Dibujo de cubierta: SERGIO LOPEZ.